

TEMA: 3.9 PARSIFAL

TÍTULO: **UN CÉSAR CON ALMA DE CRISTO. EL 'TITUREL' DE EGUSQUIZA**AUTOR: *Sebastián Fabricius*

Rogelio de Egusquiza (1845-1915) es para nosotros un artista extraordinario. Después de conocer a Richard Wagner, decidió dedicar su vida y su obra al gran genio alemán; fueron apenas cuatro las veces en que ambos hombres se encontraron, desde entonces abandonó las frivolidades de un arte sujeto a los vaivenes pasajeros de la moda, para sumergirse en el universo espiritual del autor de *Parsifal*. Fruto de esta inspiración quedan sus aguafuertes, grabados, lienzos y esculturas que demuestran cuán profunda fue su evolución. Beruete dice que nuestro pintor, renunciando a los fáciles éxitos de sus acostumbrados trabajos expuestos en las mejores galerías de París, perfectos en lo técnico, pero áridos e insípidos en cuanto a la profundidad humana de su mensaje, se retiró a la vida austera, estudió a Schopenhauer y se volvió vegetariano. Nos preguntamos, ¿qué artista, qué personalidad, puede operar hoy un cambio tan trascendente y radical en las almas de sus atentos discípulos? Nos quedamos callados... Wagner, el monstruo del egoísmo que cuentan que fue, el tirano de las relaciones humanas, es capaz de tal milagro.

De los grandes lienzos que Egusquiza dedicó al poema de Parsifal, queremos detenernos en su Titurel. Esta obra, que fue donada por él al Museo de Arte Moderno, se encontraba más tarde exhibida en el Museo de Cáceres junto con el Amfortas, también de su autoría. Por alguna razón que sinceramente resulta inexplicable ambas telas aparecieron sin bastidor, sin marco, mal enrolladas y con su capa pictórica perdida en un 80%, cuando se sabe que en los años 70 se encontraban en perfecto estado. De manera que el daño es irreparable, hoy al menos; lo único que queda ahora para apreciar lo que fue es una fotografía en blanco y negro. Allí se ve representado a Titurel, el primer custodio del Grial, como emperador y sacerdote: lo vemos en todo su esplendor, sumido en éxtasis y completamente armado, portando las santas reliquias. Como era costumbre en él, cuidó con esmero hasta de lo más accesorio, la gran espada del héroe fue encargada a un herrero después de minuciosos estudios y el vaso sagrado es copia de uno antiguo de cristal. Viste armadura, grebas y una larga capa que cae hasta los pies, mientras los ángeles en oración lo asisten envueltos en religiosa penumbra, y un resplandor cenital, ése que Egusquiza aconsejaba para la representación de los dramas wagnerianos, ilumina su rostro con un carácter sobrenatural que está próximo al milagro.

Titurel es aquel hombre ejemplar escogido por Dios para guardar el Grial y la lanza; Albrecht von Scharfenberg, retomando a Wolfram von Eschenbach, nos cuenta cómo, siguiendo las instrucciones de los mismos ángeles, construyó un espléndido templo en Monsalvat y fundó una orden de monjes-guerreros que lo designó como su rey. En el interior del santuario, allí donde se escuchan las arpas y todas las almas, se celebra el misterio de la consagración: sea una piedra, una copa o la sangre contenida en ella, el Grial constituye para los puros su recompensa, su fortaleza y alimento. Por él lucharán con entusiasmo, un entusiasmo que es producto de la fe, en todos los pueblos de la tierra donde sea necesario restablecer la justicia y proteger a los indefensos. Los caballeros de esta iglesia militante, campeones de un ejército espiritual, son llamados por el mismo Grial para servirle, y cuando las fuerzas del mal amenacen a los justos y asedien con sus

Associació Wagneriana. Apartat postal 1159. 08080 Barcelona

[Http://www.associaciowagneriana.com](http://www.associaciowagneriana.com) info@associaciowagneriana.com

ejércitos la fortaleza de Monsalvat, ellos serán los únicos que le opongan resistencia, partiendo felices a la lucha, aunque sepan que en ella alcanzarán la muerte, porque no existirá otro destino que el caro sacrificio de sus vidas.

Pero, ¿una derrota así, incluso si es derrota, no es mejor que el esplendor de la victoria, cuando ésta es aparente? ¿No hay más grandeza en la renuncia de Lohengrin que en la blasfema castración del mago Klingsor? ¿Y no se ocultará también el Santo Grial, preservado de las impuras miradas, prometiendo a los hombres la hora futura de su místico retorno...?

Titurel es el hombre completo, el hombre puro y redentor que, por la piedad, ha reconciliado a los contrarios: lleva en sus manos el cáliz, que es símbolo del amor como fuente de vida, el eterno femenino; y la lanza de Longinos, que representa la fortaleza al servicio de la virtud, la acción y el heroísmo fundidos con la humildad, el coraje elevado por el ideal de santidad, que es el eterno masculino. Solamente un hombre así, casto pero fuerte, fuerte pero puro, es el que será digno a los ojos de Dios de custodiar la más sagrada de las posesiones que pueda conservar el mundo. La suya será una realeza del espíritu, que se manifiesta por las virtudes de la sangre y la rectitud del pensamiento; son sus armas la piedad y la esperanza, la voluntad que resiste a toda tentación y el coraje que resulta siempre vencedor. Titurel es la promesa viva del amor de Dios, la inspiración que congrega a los predestinados por la religión, la fe que erige templos y consagra altares con ayuda de la sabiduría. Su soberanía es la que instaura la caridad y la bondad entre los hombres, porqué ha nacido de un poder más sublime que todas las tiranías y pontificados, y simboliza a nuestra especie antes de su tentación y caída. Titurel el el hombre del gran óleo de Egusquiza, no pudo ser de otra manera: contemplando aquel rostro iluminado por el resplandor de lo inefable, que es la claridad del éxtasis, comprendemos, nosotros también, que la compasión y no el orgullo es la única fuerza, por más que la humanidad se niegue deliberadamente a ella, capaz de redimirnos.

Esta verdad se encuentra en el corazón de todas las religiones, la regla de oro que enseña a tratar a los demás como uno quiere ser tratado. Cristo, Pitágoras, Buda y todos los grandes iluminados transmiten este pensamiento que vive en el corazón de los hombres de buena voluntad. ¡Ese es el mensaje de Parsifal, que tomó como suyo todos los dolores del mundo, aunque era casto y puro! También debió pensar así Rogelio de Egusquiza, el ilustre olvidado, el amigo cántabro de Wagner, al despedirse del mundo mientras Europa se preparaba para la guerra. Antes de morir, él quiso ser enterrado con la espada que diseñó para su Titurel sobre su pecho, y así se hizo. Sus restos mortales descansan en el cementerio de Nuestra Señora de la Almudena. Como testimonio presente, quedan las pinturas de Parsifal y Kundry en el Museo del Prado, pero hay algo que nos hace añorar la perdida grandeza del Titurel. Nietzsche, enemigo de Wagner y apóstata, dice que el superhombre será un César con alma de Cristo, y así nos parece este rey que custodia el Grial, mitad monje y mitad guerrero, que enseña a sus fieles a orar y luchar con igual devoción. Será por eso mismo que, aunque el lienzo de Egusquiza se haya perdido a causa de la desidia de los hombres, desidia que es pecado, vemos el Titurel con los ojos del espíritu, más allá de su triste condición, sabiendo que es suyo, y es nuestro, el misterio recóndito de la sagrada epifanía que nos redime a todos por la gracia del Grial.

¡Redención al Redentor!

Associació Wagneriana. Apartat postal 1159. 08080 Barcelona

[Http://www.associaciowagneriana.com](http://www.associaciowagneriana.com) info@associaciowagneriana.com